

FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO

Edición especial

Número 32

Conocimiento propio y confianza en sí mismo

Por Gabriel Burgos Suárez

CONOCIMIENTO PROPIO Y CONFIANZA EN SÍ MISMO

Gabriel Burgos Suárez

Vivimos en un mundo maravilloso de majestuosa belleza como nos muestra la ciencia física cuando observa y analiza al universo en lo inmensamente grande de las estrellas y de las galaxias, en lo inmensamente pequeño de los átomos y de las partículas subatómicas, y del mundo intermedio en el cual vivimos, nos movemos y tenemos múltiples experiencias, todo regido por las leyes inmutables de la naturaleza. Sin embargo, en el mundo en el cual vivimos hay caos, confusión, miseria, creciente infortunio, sufrimiento individual y colectivo —político, social, religioso—, y de tantas otras formas como violencia, crueldad, abuso de poder, injusticia, secuestros, asesinatos, guerras. Nos encontramos con un derrumbe de todos los valores morales, éticos y espirituales. Por otro lado, se glorifican todos los valores sensuales; de las cosas hechas por la mano o por la mente o por la máquina.

Todos los puntos anteriores están íntimamente relacionados y muestran que las metas del ser humano están equivocadas; que el hombre ha creado la confusión en que se encuentra.

¿Qué ocurre cuando no tenemos otros valores que los de las cosas que halagan nuestros sentidos de lo producido por la mano o por la mente o por la máquina? Cuanto mayor es la significación que atribuimos al valor sensual de las cosas, mayor es la confusión. Las cosas han llegado a ser lo fundamental, y como las personas que nos rodean —familiares, amigos, vecinos, compañeros de trabajo—, dan igual importancia las cosas, luchamos por deslumbrarlos con nuevos y costosos objetos y sentirnos así importantes. No por lo que somos sino por lo que podemos exhibir. Tomamos esa actitud porque creemos que podemos obtener felicidad disfrutando de las cosas que nos proporciona la riqueza. Muchas personas, que se supone cultas, se rigen por el lema de «tanto tienes... tanto vales». De allí la “necesidad” de más y más dinero para mostrar prosperidad y sentirse admirado y “respetado”. De allí el “culto a los ídolos” que queremos imitar.

Quienes piensan así sienten que si no se logran esas metas que les impone el mundo, han fracasado en la vida. Y cada vez hay más confusión, tensión, angustia, en el afán de sostener una posición, un tren de vida, de acuerdo con lo que creemos importante.

Es un hecho que en la mayoría de los seres humanos hay angustia. Eso no nos gusta y queremos un cambio, un cambio que nos libere de ese malestar que atribuimos al medio ambiente, a los gobiernos, a la empresa en donde trabajamos, al jefe, al cónyuge, a la falta de cultura y educación de los demás, a lo mal pagos que estamos si

somos empleados o a lo mucho que tenemos que pagar a los trabajadores si somos patrones. Atribuimos nuestra angustia, nuestros males, al mundo, al clima, a la Iglesia, a la organización, en fin, a todo, menos a nosotros mismos. Somos conscientes de que existen problemas que nos impiden ser felices, que nos afectan gravemente, que nos rodean y nos asfixian, pero no soñamos siquiera que seamos en gran parte la causa del problema.

Si queremos una solución a este problema tenemos que comprenderlo, ir a su causa, a su misma raíz. De otra manera solo lograremos soluciones aparentes, que funcionan por poco tiempo, porque la raíz del problema continua inafectada.

Decía que queremos un cambio, un cambio que elimine nuestras angustias y dificultades... pero que no toque ninguno de nuestros privilegios. Deseamos que cambie el mundo, que anda mal, pero como no nos creemos causantes del problema, no soñamos siquiera en la necesidad de nuestro propio cambio. Deseamos que cambie la sociedad, pero la sociedad no existe por sí misma. La sociedad es lo que nosotros hemos creado con nuestras relaciones con los demás. La sociedad es una proyección de nosotros mismos. Tenemos dificultades en nuestras relaciones con los demás. Sin embargo, siempre los causantes son los otros, no yo. Cada uno piensa, yo soy el bueno, la víctima, los demás no me comprenden, me atacan, me hacen sufrir. El resultado de esa manera de pensar es que nuestra pequeña sociedad —nuestra familia, por ejemplo— no funciona bien, no es una fuente de paz, de armonía, de comprensión, de amor. Y lo mismo sucede en los demás círculos en los cuales nos movemos. Así proyectamos nuestro conflicto al mundo que cada día se sume más en el caos.

Es un hecho evidente que lo que yo soy en mi relación con el prójimo crea la sociedad, y que, sin transformarme radicalmente, no podré contribuir a la transformación de la sociedad. Hasta que yo, en mi relación con los demás me comprenda a mí mismo, seguiré siendo la causa del caos, de la miseria, de la violencia, de la desarmonía, del miedo que hay en el mundo.

Todo lo que actualmente hacemos parece conducir al caos, parece llevarnos al dolor y a la infelicidad. Basta observar nuestra propia existencia para ver que nuestro vivir está siempre al borde del dolor. El problema es, ¿podemos poner fin a esa desgracia y no seguir siendo atrapados de continuo por la ola de confusión y dolor?

En el libro “A los Pies del Maestro” encontramos la siguiente cita:

Debes tener confianza en ti mismo. ¿Dices que te conoces demasiado bien? Si así lo sientes, de hecho no te conoces; te es conocida solamente la débil cáscara externa que con frecuencia ha caído en el fango. Pero TU, el verdadero TU, eres una chispa de la propia Divina Flama, y Dios, que es omnipresente, mora en ti y por esta razón nada existe que tú no puedas hacer si quieres lograrlo.

Di a ti mismo: ‘Lo que el hombre ha hecho, el hombre puede hacer. Yo soy un hombre y a la vez Dios en el hombre; puedo hacer tal cosa y resuelvo hacerla.’ Porque tu voluntad deberá ser cual templado acero si hubieres de hollar el Sendero.

Conocimiento de sí mismo significa conocer lo que realmente somos —la Chispa Divina que mora en lo más profundo de todo ser humano—. Confianza en

sí mismo significa confianza en nuestra naturaleza divina, no en la personalidad causante del problema.

Examinemos esto, que es fundamental, con más detenimiento.

Hay una estrecha relación entre el conocimiento propio y la confianza en sí mismo. Esto vale para todo, tanto en lo que se relaciona con nuestra vida mundanal como lo que tiene que ver con nuestra vida espiritual. Cuanto más seguro esté uno de sus conocimientos, sus aptitudes, sus cualidades, tanta más confianza se tiene. Veamos algunos ejemplos:

- Un profesional que conoce muy bien todo lo relacionado con su carrera, confía en los buenos resultados de su trabajo.
- Un gobernante que conoce sus aptitudes para manejar un país, confía en poder desarrollar un buen gobierno.
- Una mujer que siente que es joven y bonita, confía en que puede tener a sus pretendientes a sus pies.

Estos son tres ejemplos muy diferentes de innumerables situaciones que se presentan en el mundo en donde un conocimiento propio, aunque parcial, solo de aspectos de la débil cáscara externa, nos da confianza. Cada uno de nosotros sabe en qué puntos —físicos, emocionales, mentales— tiene ventajas o desventajas. Conoce algunos de estos puntos mejor que otros. A veces esta apreciación es real y otras veces es imaginaria, o está sobrestimada o subestimada. En ocasiones depende de lo que imagina de lo que los demás esperan de él o de ella.

Esa confianza en sí mismo también depende para muchos de tener una posición económica desahogada o boyante o de riqueza. Esto le da seguridad, sin la cual se siente en desventaja, desprotegido. Es una seguridad basada en la importancia que le da a los falsos valores. Dependa también de tener un hogar, alguien que nos ame y nos respete. De tener un trabajo estable, bien remunerado y de nuestro agrado. Y así hay una infinita serie de factores, que si son como esperamos, nos harán sentir seguros de nosotros mismos, o por lo menos eso creemos.

Lo que digo es cierto para casi todos los seres humanos. Pero no podemos no podemos tener todo lo que consideramos importante para lograr sentirnos seguros de nosotros mismos. Para volver a los ejemplos anteriores, el profesional puede quedarse atrás debido al progreso de la ciencia o de la técnica o de la información, y sentirse relegado, o puede temer que otro lo supere y lo remplace. El gobernante teme perder su poder o el respaldo de su partido o de las fuerzas armadas, como sucede tantas veces. La mujer bonita teme el paso del tiempo que destruye sus atractivos físicos. Y así en todos los casos y situaciones, nada es estable y el miedo al cambio es general. Y por último, la muerte es una espada de Democles que pende sobre todo ser humano.

¿Cómo confiar en sí mismo si todo cambia y el destino final es la muerte? Ante esta situación el ser humano busca la manera de protegerse infructuosamente.

El resultado es la angustia, el estrés, el alcoholismo, la drogadicción y todos los medios de escapismo con los cuales quiere evadir la realidad. Pero la solución no es el escape, para lo cual ha empleado el alcohol, las drogas, la búsqueda insaciable de diversiones y placeres, el consumo de más y más objetos, y así sucesivamente, todo lo cual agudiza el problema.

También puede buscar otra manera de escaparse del problema en la religión, en el rito, en la filosofía, en el “gurú”, en la Sociedad Teosófica. Tal vez eso nos dé sensación de paz y de vida espiritual, pero si es un escape no soluciona el problema; a lo sumo lo pospone.

El hecho es que nadie puede cambiarme, solo yo puedo hacerlo. Una organización como la Sociedad Teosófica ciertamente puede ayudarme a comprender el problema, a mostrarme una meta, a indicarme un camino y lo que tengo que hacer. Pero solo yo puedo hacerlo, solo puede hacerlo cada uno por sí mismo. Y la fuerza no podemos sacarla sino de lo más profundo de nuestro ser, de nuestra naturaleza divina e inmortal, de nuestro Ser real que no envejece, que no está sujeto a cambios, que es uno con Dios de donde procede toda su fuerza. Pero a ese Ser, que es lo que realmente somos, no le hemos puesto atención, o por lo menos suficiente atención; no lo conocemos o no hemos querido oírlo. Y solamente en el conocimiento propio, en el conocimiento de lo que realmente somos, está la solución del problema.

La Teosofía nos dice que, si viviendo en el mundo realmente rehusamos hacer parte de él, saldremos del caos en que nos encontramos y ayudaremos a otros a salir de ese caos.

Encontramos lo siguiente en una invocación que recitamos algunos miembros de la Sociedad Teosófica: **“Hay una paz que sobrepasa el entendimiento, mora en el corazón de Aquellos que viven en lo eterno...”** Viven en lo Real, en su centro espiritual, ya sea que tengan cuerpo físico o no lo tengan. Están fuera del problema del mundo, lo han trascendido. Saben que todo va bien, y por eso viven en esa paz que sobrepasa el entendimiento; son los seres más compasivos que podamos imaginar, que, parados en una roca firme pueden ayudar a los que nos hundimos en arenas movedizas.

Para ilustrar esto nos puede auxiliar el ejemplo de un loco que se imagina que lo rodean monstruos. Para él eso es real. Quien lo quiera ayudar no puede estar dentro del mismo problema; sabe que eso no es cierto, pero comprende lo que le sucede al loco. Nosotros nos imaginamos que la separatividad es un hecho, lo cual es una especie de locura. El Maestro vive en la Unidad dentro de las condiciones aparentes de la separatividad.

Sigue la invocación: **“...Hay un poder que renueva todas las cosas. Vive y actúa en Aquellos que reconocen la Unidad del Ser.”** La fuerza para servir a los demás radica en reconocernos uno con Dios y uno con todos los demás. Reconocer implica “sentir” esa Unidad, no simplemente aceptarla intelectualmente. El Maestro vive en la Unidad y por eso renueva cuanto toca. Como en nosotros no es

así, cada uno tiene que hacer el cambio de la separatividad a la Unidad. Ese es el Sendero que tenemos que transitar ahora en nuestro camino evolutivo. Para eso tenemos que conocernos a nosotros mismos, porque no nos conocemos, aunque imaginemos lo contrario. Debemos conocernos como lo que realmente somos: “chispas de la Divina Flama”.

Para conocernos se requiere que lo hagamos en relación a los demás, en nuestras relaciones con los demás, sin justificarnos, solo tratando de comprendernos. Independientemente de la situación por la que estemos pasando, descubriremos si somos justos o injustos, desapegados o egoístas, generosos o codiciosos, pacíficos o violentos, y así sucesivamente. Se requiere, por tanto, una vigilancia permanente, de instante en instante, porque el mundo cambia, y también las situaciones y nuestras reacciones. Tenemos que estudiarnos dentro de ese continuo movimiento.

Para que la observación sea real, no podemos hacerla a través de cristales coloreados, a través de nuestros condicionamientos. Es necesario abandonar prejuicios e ideas preconcebidas.

Si nos transformamos podemos ayudar a otros a transformarse; de otra manera es imposible. Obviamente no es una transformación superficial, lo cual no tiene ninguna significación. Es una transformación profunda, radical, tal como la estamos examinando a la luz de la Teosofía. Esto debe producir una identificación de nuestro ‘yo’ mortal con lo que somos realmente, «el Ser espiritual».

Podemos concluir que si yo no me transformo, si cada uno de nosotros no se transforma, es imposible que la sociedad cambie, porque seguiremos siendo causa del caos, de la miseria, de la destrucción, de la violencia, del miedo y de la brutalidad.

Como miembros de la Sociedad Teosófica debemos llevar este mensaje para que haya una real transformación en el mundo. Y esa transformación de cada uno de nosotros debe ser ahora, tiene que ser en este instante, porque de otra manera dejaremos la solución para mañana y seguiremos añadiendo dolor al mundo.

